



El otoño en el Camino // Comentarios

“No se puede demostrar y, sin embargo, lo creo; en algunos lugares del mundo tu llegada o tu salida se amplía de un modo misterioso por las emociones de todos aquellos que han salido o llegado antes que tu.”

“El desvío a Santiago” // Cees Nootboom



El otoño del solitario // Der Herbst des einsamen

De nuevo en el Camino

Otra vez paseando por las calles de Logroño camino del albergue para peregrinos, en donde hace ahora cinco meses estuve con Ramón, el otro compañero de fatigas; aquí decidimos terminar la primera parte del recorrido por el Camino de Santiago que habíamos iniciado en Roncesvalles, la intención era volver de nuevo en otoño, él no ha podido venir por problemas en una rodilla, demostrándome una vez más que sigue siendo un hombre sabio y tranquilo. ¿Yo?, con algunos kilos de más en el cuerpo y mi anémica tranquilidad acompañándome como siempre. Es así, cuando llevo un tiempo en casa, me da por pensar y sueño con encontrarme en el punto de partida de alguna aventura romántica, la mayoría de la veces no funciona, pero hoy estoy aquí de nuevo arrastrado por esa pasión ciega de ver y oler.

Lo primero que hago siempre es buscarle un buen título a esa nueva aventura, una vez encontrado, lo dejo que actúe como una droga: "El otoño del solitario". ¿Qué os parece? El ser solitario que se eleva por encima de las dificultades, no las sufre, no pierde nada con morir, pero lucha por llegar vivo. En otros tiempos esta clase de peregrinos eran un modelo, hoy en día son una anomalía sin atractivo. No hablaré mucho de este tema con los otros peregrinos, aunque creo que con los años que tengo no sabré cerrar la boca y acabaré hablando y desvelando mi lado romántico y antiguado de la vida.

Pensando en estas cosas he llegado al albergue que la Asociación Riojana de Amigos del Camino tiene en la Rúa Vieja de Logroño. Mucho de los peregrinos tienen ya sus sacos de dormir abiertos sobre las literas, suenan las campanas en la vecina iglesia de Santiago y en la cocina comedor huele a sopa rápida de sobre. Tantos que éramos en primavera, ahora cabemos todos en una sola habitación del primer piso. Una ducha caliente y una buena comida después de todo un día en autobús el cuerpo te lo agradece y no engorda. En la calle San Juan encuentro el restaurante que buscaba, está prácticamente vacío, sentadas cuatro señoras mayores ensortijadas y de peluquería reciente que hablan con la dueña del local que toma nota, la hija de ésta, que termina de servir a una pareja de ancianos, se acerca y nada más abrir la boca me dice, "tenemos sopa de ajo con almejas". ¿Dónde había oído yo eso? ¿En "Los placeres de los días" de Marcel Proust? Las rebanadas de pan rehogadas y con pimentón que flotaban sobre el caldo de la sopa venían tostaditas, habían metido en plato en el horno unos minutos antes de servírmelo, y las almejas... Áureo y acogedor árbol del Camino, donde resplandecen el pan y el vino, me había olvidado de ti.

Logroño-Nájera-Azofra

La vendimia

Se habla con frecuencia de un Camino dorado de peregrinación, como si fuese un único camino entre verdes valles y montañas, pero ahí están esos tramos por polígonos industriales y en carreteras en obras con los que tienes que luchar, echando mano a útiles atajos y prácticas poco ortodoxas, traicionando el espíritu y a la "guía práctica" del Camino. En el albergue ya nos hablaron de las dificultades que había una vez llegas a las afueras de la ciudad, con las obras de ampliación de la N-232, pero no le di más importancia y me eché a dormir.

Los peregrinos que habíamos pasado la noche en aquel remodelado y acogedor edificio del siglo XVI bajamos las escaleras en total silencio, como si fuésemos miembros de una comunidad de monjes y marchásemos a los oficios de maitines; nadie dijo nada y cada uno, como pudo, buscó su flecha amarilla perdiéndose en la ciudad. Nada más pisar el umbral de la calle, el viento húmedo y frío que subía o bajaba del río Ebro, me dejó de piedra. Era aún de noche y no se veía un alma por aquellas estrechas calles del casco antiguo. Un jardín y un solitario camino entre castaños que se perdía en la oscuridad; como un perrito busqué la querencia de las luces y el ruido de los coches. De una iluminada panadería salía un agradable olor a pan recién hecho y a café. ¡Que alegrías le dan a uno esos olores de buena mañana! Algo más abrigado, seguí la flecha pintada en un rótulo reflectante de la N-232. ¡Que infierno, Dios mío! Vallas, zanjas mal iluminadas y coches que te pitaban para que te apartases, van al trabajo y llevan prisas, así durante un kilómetro; pensé que no salía vivo. Una parada de autobuses y un grupito de peregrinos que esperaban cabizbajos los acercasen hasta Navarrete; enténdanlo, eran ocho kilómetros de ciénagas y cocodrilos. Nos daba vergüenza mirarnos, nos sentíamos culpables; nada más bajar del autobús cada uno buscó de nuevo su hueco en el Camino y comenzamos andar.

Era mi primer día y me costó horas hacerme con un hueco a mi medida: La luz de la mañana trajo primero el canto de los pájaros madrugadores, más tarde el Camino se fue abriendo poco a poco, pude distinguir sus ramificaciones, las pisadas de los perros, los árboles como torres de vigilancia de los cuervos y las urracas, el lugar donde el zorro desplumó una perdiz durante la noche y el cuerpo entero de la tierra y sus cerros plantados de viñedos hasta donde se perdía la vista. Es agradable caminar entre hileras de cepas que ofrecen al caminante racimos de uvas como senos de doncellas que poder llevarse a la boca. No, no me había encontrado con Gonzalo de Berceo, pero desde el Alto de San Antón, mirando hacia la izquierda, a pocos kilómetros, quedaba el monasterio de San Millán de la Cogolla; le mandé un saludo en nombre de todos los amantes de la buena vida. Me encontraba en La Rioja en plena vendimia. "Uvas que colho ou deixo, voso destino é o mesmo"; no es castellano antiguo, es portugués y el destino de las uvas, la cooperativa vitivinícola de Sotes y los que así hablan son naturales de Ferreira do Alentejo, tres familias al completo que llevan años viniendo a vendimiar. Me preguntan por mi profesión de peregrino: es una profesión algo rara, de "poucas ganâncias" y de "muito sofrer". Con lo de sufrir exageré un poco, pero no me iba yo a poner flores y ellos allí "trabajando como emigrantes"... Me demoré unos instantes para oírlos hablar.

La vendimia este año viene atrasada por el frío y desagradable veranos que ha habido por estas tierras. Y para un buen día de otoño, una parada para tomar unos pinchos de tortilla y beber una cerveza en Nájera, los pinchos aquí los preparan de muchas maneras y todos están tan buenos. La ciudad de Nájera ya la conocía y antes de perderme con un plato de judías pintas y chorizo, plato típico del río Najerilla y sus alrededores, recogí la mochila y un décimo de lotería para Navidad que había comprado en el bar y aprovechando la luz de la tarde decidí continuar sin comer. Son tres y lo tienen todo hecho, han bajado de un coche de lujo con chofer, se han colocado una mochila minúscula y van diciéndoles adiós a todo el que se encuentran, han ensayado todos sus movimientos, el del centro lleva el papel de solista, cuando te cruzas con ellos tienen las más bellas palabras sobre el Camino, y en ese trance, lo mejor, es retardar la marcha hasta perderlos de vista. Aun queda tarde y hay que descubrir aún muchas cosas. Más vendimiadores, tractores cargados de uvas, rubios peregrinos habitantes de heladas extensiones y un pastor con un rebaño de ovejas, natural de un pueblo de la vecina Sierra de Gamos. ¿Aquí estará usted entretenido con tanto peregrino? “A los que vivimos en mitad del campo son pocos los que nos hablan, por qué caminamos siempre en dirección contraria.” Se ríe, y a mi me ha dejado, que no sé qué decirle.

Me faltaba por descubrir el pueblo de Azofra, pero eso lo dejaré para mañana.

***** 21.10.07

Azofra // Santo Domingo de la Calzada // Grañón

El diablo en persona

De cómo contar esta historia es algo que me preocupa. Partamos, por ejemplo de cuando me lo encontré por primera vez hace ya muchísimos años, mirando un cuadro de Pieter Bruegel. ¿O eran de su hijo Jan el qué había en la Kunsthalle de Hamburgo? No lo sé, a él sí que lo recuerdo bien. Allí estaba con su metro noventa de estatura, elegante, con un traje oscuro hecho a medida y una gabardina de color marrón claro doblada sobre su brazo izquierdo. Era tal su manera de moverse, su atractivo que llamaba la atención. En aquellos años los hombres no solían ponerse tanto perfume como hoy en día, pero en cada una de las salas del museo que entrabas a visitar, sabías que él antes había pasado por allí por el agradable olor que iba dejando. Al entrar en la sala de pinturas de siglo XVI, lo encontré acompañado de dos hermosas mujeres, una tendría sus cuarenta y cinco o cincuenta años, la otra no más de veinte. No lo he dicho, él no aparentaba tener más de cuarenta. El cuadro de Bruegel, era un paisaje con tres molinos de madera típicos de los Países Bajos, un camino central transitado por unos arrieros que se habían parado a saludarse y un caminante solitario en la parte inferior del cuadro, donde terminaba el camino. En el cuadro destacaba el verde de los árboles. Desde lejos le oía como les hablaba de aquel cuadro y de la familia Bruegel a las mujeres en un alemán susurrante y culto; me acerqué algo a ellos e intenté prestar atención sobre lo que les estaba contando, en ese instante me di cuenta que había cambiado de idioma y les estaba hablando en español.

Sin temor a equivocarme, ahí estaba él ahora, algo cambiado, en el albergue de Azofra, con su andar cadencioso como si fuese el cazador Robert Redford en "Memorias de África", llevándoles a las dos jóvenes que atendían la hospedería un mensaje de alta pasión, que como un vendaval se fue apoderando de cada una de las mujeres que esa tarde fueron llegando al albergue. Era una máquina de fabricar gardenias, un ser extraño con una nube azul en sus pupilas. Las pequeñas habitaciones del albergue eran de dos camas, las hospitaleras le permitieron tener esa noche una habitación para él sólo. En un momento de la tarde lo encontré hablando en cinco idiomas a la vez. Alquiló una furgoneta para visitar el vecino monasterio de Yuso en San Millán de la Cogolla, y allá se fue en compañía de cinco mujeres, dos de ellas dejaron abandonados a sus maridos leyendo el periódico. No le oímos nombrar en ningún momento su lugar de procedencia, sólo habló de los lugares en los que había estado; a nadie parecía importarle, fue al contarnos unos chistes y unas breves historias, cuando nos dijo que el español en que hablaba lo había aprendido en Buenos Aires. No hay fábula en esto que cuento, esa noche fue él quien nos animó e hizo reír a todos los que pernoctamos en el albergue de Azofra, y sin querer quitarle mérito, el vino, también le gustaba lo suyo.

Cese ya el elogio de este singular peregrino, de sus virtudes y encantos con las mujeres y concentrémonos en el Camino: Al amanecer, el bar del pueblo se llenó de jornaleros que se disponían a echar un día más de vendimia, aquello era lo más parecido a una escuela de idiomas, polacos, rumanos, portugueses, marroquíes, peregrinos, los del país y una gran cafetera italiana animando el alma de los afligidos.

Antes de perdernos en dirección a poniente, algunos conocidos del Camino dan su opinión sobre el buen tiempo que tendremos. A dos horas de camino, un grupo de vendimiadores meticulosos ponen, racimo a racimo, las uvas que van cortando en cajas de plástico, estábamos pasando –nos dicen-, por uno de los viñedos más afamados del país. Aparecen los primeros robles y los primeros campos recién arados en espera de que llueva algo más para ser sembrados. Un capo de golf y una urbanización de lujo en medio de un robledal; por primera vez siento que camino hacia el norte, hacia las llanuras donde los cielos tienen sombras de tormenta, donde cada voz es una orden. Las antiguas y hermosas casas abandonadas de Cirueña no les llama la atención, ellos van a toda prisa en sus “todoterrenos” a jugar al golf en ese campo que parece de mentirijillas. Por suerte nos alejamos de la carretera y nos encaminamos por una pista hasta el alto de Matacón. ¿A qué no adivináis quién termina de adelantarme? Sí, él mismo. Iba como si fuese dando un paseo. “No temáis el esfuerzo. A través de los siglos hay muchos que han logrado llegar hermosamente a Santiago.” Esto lo dice al pasar, con acento argentino. Lo perdí de vista como si nada. No importa, dentro de algunos años seguro que volveremos a vernos.

¿Quién te aconsejó que se quedase en este lugar? ¿Qué voz te dijo: Domingo éste es tu verdadero sitio? Tu que vivía tranquilo como eremita en un bosque cercano al río Oja, construyes un puente para que crucen los peregrinos, atiendes de día y noche a los que llegan en mal estado, que son tantos que no tienes más remedio construir un hospital. Entre las reliquias de santos que debemos venerar los peregrinos, están la de Santo Domingo de la Calzada. Después de visitarle, me acerqué a saludar también a sus colaboradoras las gallinas, allí estaban en el gallinero de la catedral, sabias e inteligentes, dándole compañía al Santo, que lo encontré muy solo.

No pude completar la visita que le prometí hacerle más tarde, habían cerrado por temporada baja el albergue de la Abadía Cisterciense y el de la Casa del Santo estaba al completo, y observando pacientemente las leyes de la manada me marché hasta el siguiente pueblo.

Oh Señor, escucha las preces de este peregrino que está intentando dormir sobre el entarimado del coro de la hermosa y acogedora iglesia del pueblo de Grañón, vigilado por muchos de los santos que están a tu alrededor en el cielo, deséale pase una buena noche, como premio a que hoy ha cumplido un año más en su ya larga vida.

22.10.07

Grañón-Redecilla del Camino-Belorado

El asesinato del diácono hospitalero

No cabe la verdad en el título de este relato, pero se merecía que alguien le hubiese retorcido el cuello: Lejana la época de sus dominios, el cabildo de Grañón debió de poseer tierras en consideración y brazos que las trabajasen, la iglesia de San Juan Bautista es mucha iglesia para un pueblo tan pequeño, tanto, que “en los últimos seis años no ha nacido ninguna criatura y en lo que llevamos de año, van ya once defunciones”. Es lo que me ha dicho un anciano que he encontrado sentado a la sombra de los árboles que hay en la plaza del pueblo, el mismo que me ha indicado a donde debo llamar para pedir posada. Sentado bajo la verde y nutrida cúpula de unas acacias estaba el joven diácono, pálido, de cara larga, tan bien afeitado que daba la sensación de que se había puesto polvos de arroz en su cara. ¿Por favor, el albergue? “Búsquelo usted y si al final de la escalera encuentra un libro abierto ponga su nombre y lugar de procedencia. Hoy vamos todos de Arcadia feliz”. El albergue es uno de los pocos que aún conservaba el espíritu y el alma del Camino, me recordó al de Villamayor de Monjardín. El entarimado donde podíamos descansar estaba sobre la cúpula del altar mayor, junto al coro, nada más abrir una puerta tenía frente a ti a todos los santos de la iglesia vistos desde arriba. En el campanario unas pilas para lavar la ropa y entre las campanas unas cuerdas para tenderla; allí entre excrementos de lechuzas y palomas. En la tarima dejé los arreos de peregrino. Lo de peregrinos, no debía creérselo el hospitalero, por que a todos nos fue recordando una y otra vez, que a las siete era la misa a la que no debíamos faltar; la cena corría de su parte. Al hospitalero le faltaban meses para cantar misa, era, decía orgulloso, diácono y había decidido estar dos semanas de sus vacaciones de hospitalero; tan ardua tarea lo tenía nervioso, tanto que había pedido ayuda y una monjita seglar le ayudaba por las tardes en la cocina.

El bar del pueblo estaba en la que había sido sede del antiguo sindicato de Franco, un lugar ideal para tomarse unos huevos fritos con chorizo y hablar con los paisanos, todo esto después de haber ido a misa, dicha en todos los idiomas posibles, por un joven cura, prometedor miembro del Opus-Dei. “Imagínese si es listo, que le está enseñado inglés al obispo de Pamplona”. Si lo decía un vecino, había que creérselo. Yo opté por el menú del peregrino en el bar del pueblo, no me apetecían las lentejas que estaba preparando el diácono. El castigo no se hizo esperar, nada más verme llegar, me dijo, “cómo es que no has querido comer con nosotros”. Es que estoy operado del estómago y las lentejas no me sientan bien. Llegué a los postres y a los oficios de tinieblas que nos tenía preparados. Antes de cenar ya le había hecho rezar a todos. En el coro hay velas encendidas y representantes de todos los países del primer mundo, incluyendo a Japón, hasta un total de dieciséis personas. Ya estábamos preparados para la prueba final, la iglesia vista desde el coro y a oscuras, imponía. Fue cuando el diácono salió vestido como un cangrejo, abrazándonos uno a uno y preguntándonos en voz alta por qué estábamos haciendo el Camino. ¡Cómo nos aflojamos todos y abrimos nuestros corazones difundiendo a los cuatro vientos los motivos de nuestro destierro! Hasta que le llegó el turno a un irlandés pelirrojo, que llorando si había que llorar, se abrazó al diácono y sin soltarle comenzó a cantar, “You still believe in me” o algo parecido.

¿Cómo puede llegar una nube tan antigua, nacida en el mar hasta un pueblo como éste? De pequeño esa era la pregunta que me hacía al ver llegar las nubes a mi pueblo. Había llovido durante la noche, el agua aún goteaba de los tejados cuando abandonamos el albergue. A la vuelta de la esquina, casi invisible a esas horas de la mañana, allí, detrás de las nieblas que comenzaban a levantarse, estaba la Sierra de la Demanda y la marca en el camino que separa La Rioja, de Castilla . Caminar entre barbechos satisfechos después de la tormenta, pasar por pueblos de nombres persistentes, Castildelgado, Ibrillos, Villaescusa la Sombria, donde el paisaje parece haberse desprendido de otros paisajes; caminar por ésta parte del Camino es como vivir fuera del tiempo, esa debe ser la sensación de eternidad que dicen algunos peregrinos que sienten cuando van por tierras de Castilla.

No se puede saber de todo si no has desayunado antes y yo estaba comenzando a delirar, así que hice mi primera parada en Redecilla del Camino; cruzo la N-120 y en un bar para camioneros encuentro, pan tierno, tortillas recién hechas y café con leche. Me espero a que abran las puertas de la iglesia parroquial para ver de nuevo su famosa pila bautismal (s.XI). En aquel tiempo el bautismo era por inmersión, por lo que la pila es de gran tamaño, pero lo que te llama la atención es ese Jerusalén celestial tallado en la piedra, de ventanas y puertas cerradas para el que la mira desde fuera y abiertas para el iniciado que las ve desde dentro. El iniciado se asoma al borde de la copa y mira y la mirada se transforma. El maestro anónimo de Redecilla, uno de los grandes del románico español, dejó en este pueblo perdido un objeto para mirar, una lección antigua de metafísica, es como si muchas de las historias que cuenta Borge transcurriesen detrás de las ventanas de esa ciudad. No podía pasar de largo y no entrar a verla.

Avanzas un buen tramo sin perder de vista la carretera que va a tu derecha, los camioneros saludan encendiendo las luces a los peregrinos. Después de tantos siglos de viajeros sorprendidos por el frío y la nieve en estos paramos de Burgos, ahí van sin detenerse en grandes camiones con calefacción, teléfonos y otros aparatos de precisión con los que les puedan localizar sus patronos. Levanto mi bastón en el aire y les saludo. Los pimientos rojos del piquillo, son los frutos más preciados de estos pueblos y en las calles de Villamayor del Río y en Belorado, todas las tardes, rige el orden de los fogones con sus parrillas donde los han puesto asar, mientras los vecinos en corrillos toman café y vigilan que no se les quemen demasiado.

La Sierra de la Demanda impone al llegar la noche, han bajado las temperaturas hasta cinco grados; me dispongo acumular fuerzas para mañanas, el albergue está junto a la iglesia de Santa María, hay otros mejores en Belorado, pero es en éste donde he encontrado esa magia del Camino que no agobia y esa tristeza de los que ya hicieron este viaje una vez y ahora el frágil armazón de su cuerpo les está diciendo que éste será, probablemente, el último. ¿Por qué son las mujeres las que perpetúan como pueden la magia de sus vidas?

23.10.07

Belorado // San Juan de Ortega // Agés

El converso

“Viento solano, agua en las manos”. Para el oficio de peregrino es condición indispensable llevar aprendidos algunos viejos refranes, pues no hay mejor manera de descubrir que nos va a deparar el día, que mirar en campo abierto el cielo. Con los días vas sabiendo la función que desempeñan las nubes en el horizonte, el por qué de las formas y colores en los árboles. Oír como se pone el sol a través del canto de los pájaros y atender, cerrando los ojos, a los olores que te van llegando mientras caminas; descubriendo que todo lo que te rodea se nombra distinto en otoño.

Parece como si hubieses vivido en este lado del Camino desde siempre. Lo voy a decir: es bueno cada día caminar de dos a tres horas, solo, a tu aire. Sentirse un monje, que tiene encomendada una misión secreta sin saberlo. “Mi ojo se perdió, al ver el mundo por cuenta propia”, dice la letra de un tango de Roberto Goyeneche. Sé que corro un serio peligro. También dicen que el otoño en el Camino es la estación preferida de los conversos.

Mientras triturábamos nuestro yo colectivo en el albergue de Grañón, hubo un momento en que todos los que estábamos allí nos abandonamos a las chifladuras de su diácono hospitalero. ¿Por qué hacen ustedes el Camino?, nos pregunto, uno a uno: para recuperar la salud perdida, por el espíritu religioso del Camino, reencontrarse con la naturaleza. Hasta que la pregunta le llegó a una de las dos amigas alemanas que viajaban juntas: “Sencillamente, por que en la vida, siempre hay que ir algún sitio.” Lo que provocó una sonrisa de complicidad entre las dos amigas, que me recordaron a esas mujeres nórdicas, maduras e inteligentes, de las películas de Ingmar Bergman. ¿Sólo caminando encontraremos nuestro destino? ¿Fue eso lo que ella quiso decir? Lo complico todo; llevo dos días dándole vueltas a esa frase seducido por su belleza. ¿O será por la belleza nórdica de las dos peregrinas?

Tosantos, Espinosa del Camino, Villafranca de Montes de Oca. En Villafranca, en el bar “El Pájaro” una tortilla de setas de los montes vecinos, pan con tomate y jamón y un café con leche, para poder ascender hasta la ermita de Valdefuentes que se encuentra a 1200 mts de altitud. Los años no perdonan, Flore y Marthe, las dos amigas francesas que conocí en Belorado, han decidido esperar el autobús, no se atreven subir el Alto de Valbuena a pié; nos encontraremos más tarde.

Ahora llueve a cantaros. Ahora un claro en el bosque y las pisadas de un perro de gran tamaño que me llevan hasta el monumento a las víctimas de la guerra de 1936; el hierro de su cruz espera y envejece. El camino se alarga y se demora junto a la linde de un bosque, donde a veces llegan ráfagas de viento acompañadas de niebla y finas gotas de agua. En un claro entre los árboles, un huerto de paredes de piedra abandonado, viejos manzanos a los que aún les queda algunos de sus frutos en las ramas. La pared es un muro de piedras desiguales cubiertas de musgo, en el interior de la misma, una antigua iglesia románica del siglo XI; hemos llegado a San Juan de Ortega.

Con el canto de los pájaros y el mugido de las vacas, Juan de Ortega pasaba los veranos y los inviernos en su pueblo de Quintanaortuño (Burgos). Veía madurar los campos de trigo con el sol de primavera y en otoño oía el rugido de los truenos que bajaban con las

nubes de aquellas oscuras montañas, que todos los días veía desde la puerta de su casa. La vida fuera de aquel pueblo era un misterio para él y decidió ir al lugar en donde nacían las nubes. Los pinos se iban oscureciendo cuando llegó a un claro en el bosque, allí, junto a un grupo de peregrinos que caminaba a Santiago pasó la noche. Ya en sueños, sintió como le abrazaba un ángel al que no le vio la cara. Al despertarse y no saber que hacer, se dijo a sí mismo: "En todo caso la soledad es mi destino" Poco a poco el frío del invierno fue contagiando el bosque y el sol que era agradable, dejó de tener fuerzas para seguir el camino de los peregrinos; fue por aquel tiempo cuando hizo un refugio donde pasar las noches, y con en tiempo aprendió a curar enfermos y a multiplicar panes.

En su iglesia sucede un hecho extraordinario; en ambos equinoccios (marzo y septiembre) un rayo de sol de la tarde ilumina un capitel, donde el ángel Gabriel anuncia a María que va a ser madre. La Virgen no dirige su mirada hacia el arcángel, mira al exterior, a los peregrinos. Me acerco a saludar a Juan de Quintanaortuño, que está descansando en su tumba de santo, hecha por un alemán llamado Juan de Colonia y por Gil de Siloé natural de Burgos. Al marcharme, tengo la impresión que hace nueve siglos que le conozco.

Hay reformas en el albergue de San Juan de Ortega y nos recomiendan nos desplazemos hasta el pueblo de al lado, serán sólo cuatro kilómetros. Lo primero que noto nada más llegar, es la agradable presencia de Marta y Flora; es su tercer viaje por estas tierras, la primera vez que hicieron juntas el Camino fue en 1974, apenas cumplidos los treinta años, ahora dicen que éste será el último. Me las imagino, para rescatar lo olvidado, volviendo a Santiago caminando juntas. El albergue "El Pajar" en el pueblecito de Agés, es encantador y nos tienen reservada una sorpresa para esta noche.

24.10.07

Agés // Burgos

La paella del peregrino Okura

Después de recoger la ropa seca del tendedero, remendó sus pantalones rotos y los guardó dentro de una pequeña bolsa de tela. Hacía dos días que había llegado al albergue de Agés, "El Pajar"; le había llamado la atención el paisaje sin árboles, los campos recién arados, y el cielo azul; a lo lejos se adivinaba la ciudad de Burgos, pero habría tiempo de visitarla. Todo eso le conmovía y necesitaba pintarlo; ya lo había hecho otras veces a lo largo del Camino. En un rollo de papel blanco que desplegó, guardaba todas sus pinturas, un "Kamemoto", nos dijo que se llamaban esa clase de rollos de papel pintados; nos mostró lo que había estado haciendo durante toda la mañana, eran unas acuarelas de la iglesia de San Juan de Ortega, de sus muros de piedra y los árboles sin hojas del alrededor. Por la mañana, nada más abandonar el último peregrino el albergue, había ayudado a las dos amables mujeres, dueñas del local, a limpiar y a poner orden en la cocina, en donde por unos días lo habían nombrado cocinero mayor. Para quien como yo, sólo ha oído campanas sobre el zen y los japoneses, me quedé con la boca abierta, viéndole moverse en la cocina mientras preparaba arroz para dieciséis personas. Era la más depurada estética en la elaboración de una paella de pollo con alcachofas, a la que yo había asistido jamás; sus movimientos pausados y elegantes, su seriedad en la cocina me hizo estar pendiente de él en muchos momentos. ¿Estaba en Japón o en el Camino de Santiago? Dentro de unas horas estaría fuera, caminando por los páramos de la provincia de Burgos, pero algo había de verdad en aquella deliciosa paella y en las cien vistas del Camino que el peregrino Okura había pintado, algo parecido a la emoción mística del "Viaje hacia el Norte" que su paisano Basho pintó y describió en el siglo XVII; se alegró mucho de que alguien se lo recordara.

Hay formas de sabiduría que no podemos aprender cuando se ha nacido en ésta parte del planeta, no hay nada más contrario a una educación católico-cristiana que el aprendizaje de la lentitud. Yo alguna vez lo he intentado pero no ha habido ninguna consecuencia práctica en mis meditaciones; no he tenido paciencia, es por eso que finalmente he decidido vivir y morir como Dios me de a entender. Somos una raza de convulsivos, y de eso no tardo mucho en darme cuenta por los gritos que salían del bar que hay en el pueblo de Villalval; me levantaron los ánimos. No sé pintar, no sé cocinar: un bocadillo de jamón con queso y un café con leche con unas gotitas de coñac, por favor.

En Quintanilla de Riopico un grupo de americanos a los que este viaje les ha salido por tres mil euros comían un delicioso cordero burgalés al horno; es mediodía y no miro hacia atrás. Mientras el Camino se llena de terrores elegantes, yo voy contando las horas que me quedan para despedirme de él durante una temporada. La entrada a Burgos fue agotadora; me muevo por los alrededores de su imponente catedral, donde se celebra una boda de alta alcurnia; me siento miembro de un mundo sospechoso y me retiro a la estación de autobuses, un lugar más apacible, que a esas horas de la tarde es punto de encuentro de familias de emigrantes y desplazados.

.....
25 de Octubre de 2007